



## Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



### VI – Muerte en el hamam

#### 19 – Cuando uno se encuentra con un viejo conocido

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 19 – Cuando uno se encuentra con un viejo conocido

Ahora el narrador nos habla de la expedición de los cuatro reyes francos sobre la ciudad de Alepo.



**V**olvamos ahora a El-Mu'izz Aïbak: Aïbak, feliz de haberse deshecho de Baïbars, vivió durante algún tiempo en la tranquilidad y en la euforia. Pero he aquí que, una buena mañana, se llegó hasta el Consejo, se sentó en el trono real y, rodeado de la respetuosa atención de sus visires, emires y grandes dignatarios, se puso a despachar los asuntos del gobierno. De pronto, mientras estaba en la mitad de la jornada, se presentó un correo en la sala; llegaba de Alepo; entregó una carta a Aïbak, luego se retiró junto a la puerta, esperando a que le dirigieran la palabra. Aïbak abrió el mensaje y leyó lo siguiente, tras las invocaciones y saludos de costumbre:

*“De El-Muzaffar, virrey de Alepo.*

*Venimos a someter ante vuestra altísima majestad la situación siguiente:*

*Hemos sabido, por uno de nuestros espías, que se está preparando una expedición contra nosotros, capitaneada por cuatro reyes francos de los países de la Costa; a saber, los babbs: Francis, señor de Sîs; Rimat, señor de Beirut; el Príncipe de Antioquía, y Godofredo, señor de Yaffa, acompañados por el fraile Yauán y su fámulo Bartacûsh. Tienen la intención de desembarcar en Suwaydiyyeh<sup>1</sup> y marchar sobre Alepo para apoderarse de la ciudad. Ante la gravedad de la situación, nos ha parecido indispensable informar a vuestra altísima majestad, con objeto de que tome las disposiciones necesarias”.*

Después de conocer el contenido de esta carta, Aïbak comenzó echar miradas furibundas.

- ¡Alepo y Siria no forman parte de mi reino y ya no me pertenecen! –declaró–. ¡Los que gobiernan allí abajo son Baïbars y Sharaf El-Dîn! ¡Así que no voy a ir ahora a ayudarles y defenderles de sus enemigos!

Pero de hecho, si Aïbak decía esto era simplemente porque no se sentía capaz e medirse con los francos.

---

<sup>1</sup> Puerto situado en la desembocadura del Orontes, no lejos de Antioquía, en el norte de Siria.

De modo que entregó la carta al mensajero diciéndole:

- ¡Agarra esto y lárgate ahora mismo a Damasco! ¡Que Sharaf El-Dîn y Baïbars se las arreglen para proteger su territorio! ¡Y yo no quiero volver a oír hablar de los asuntos de Siria, se la regalo!

Y echó con cajas destempladas al pobre correo, después de lanzarle todo tipo de insultos y tratarle con las peores groserías.

Avergonzado y perplejo, montó de nuevo en su cabalgadura, y tomó el camino de Damasco. Cuando llegó a su destino, se presentó ante Sharaf El-Dîn, le saludó, le besó las manos y le entregó la carta. El otro la cogió y comenzó a leerla.

- ¿Pero qué te pasa, muchacho? –exclamó de pronto–. Por lo que veo, te has equivocado de destinatario: Ya ves que esta carta va dirigida al rey Aïbak, no a mí. ¿Por qué no la has llevado a El Cairo?

- ¡De eso nada, por tu cabeza, yo no me he equivocado! –protestó el otro, bastante molesto–. Por supuesto que la llevé a El Cairo, pero Aïbak me la ha devuelto después de haberla leído, diciéndome: “¡Vete a dar esto a Sharaf El-Dîn y a Baïbars, y diles que se las arreglen solos para deshacerse de sus enemigos!”. ¡Y más vale que no te repita la lista de insultos y groserías que me ha dedicado!

En fin, que le contó todo lo que había pasado. Al oír esto, Sharaf El-Dîn se vio presa de las peores inquietudes y, no sabiendo qué decisión tomar, hizo llamar a Baïbars.

- ¡Bueno, hijo mío, en menudo lío estamos metidos! –le dijo después de ponerle al corriente–. A ti te toca encontrar un medio de salir de este atolladero, porque Aïbak nos deja solos y ha rechazado darnos ayuda alguna. ¡A fin de cuentas, si tú no le hubieras humillado públicamente, no habríamos llegado a este punto!

Ante tal discurso, el emir Baïbars no pudo contener una carcajada.

- ¡Al final Aïbak no se equivocaba! –afirmó Baïbars– Alepo y Damasco nos pertenecen, y somos nosotros los que debemos defenderlas y combatir a sus enemigos. ¡Pero como yo salga victorioso y obtenga un botín, te juro por el Nombre del Supremo que Aïbak no va a ver ni un céntimo! En cuanto a ti, anda ¡quédate aquí tranquilo, ya me encargo yo de todo!

Cuando acabó de decir esto, dio un brinco, preparado ya para dar la alarma a sus tropas; pero Sharaf El-Dîn le interrumpió:

- Pero, hijo mío –protestó–, ¿vas a privarme de la recompensa que esperan quienes combaten en la guerra santa?

Entonces, Baïbars se fue para poner a su ejército en pie de guerra, y les ordenó que estuvieran preparados para salir en campaña dentro de tres días. Por su parte, Sharaf El-Dîn, también tomó todas las disposiciones y reunió a sus tropas: cuarenta mil, entre

jinetes y soldados de infantería; Baïbars, él, marchaba a la cabeza de cincuenta mil caballeros, armados de pies a cabeza; parecían leones furiosos o devastadoras fieras.

Los dos ejércitos se pusieron en marcha y, cruzando estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros, pronto llegaron a Ma'arrat El-No'mân, en donde el capitán Sulaymân el Búfalo fue a su encuentro para darles la bienvenida. Llevándose a Baïbars a un lado, le preguntó por las razones de su llegada con tal equipaje; Baïbars le contó lo que había pasado, y sobre todo, que Aïbak, por despecho, se negaba a combatir con ellos.

- Tú –le dijo Baïbars para terminar–, reúne a los *fidauis* y nos encontraremos todos en Suwaydiyyeh.

A la mañana siguiente, Baïbars se puso en marcha, acompañado de sus soldados, que sacaban pecho con aire marcial, y llegó hasta Alepo; encontró la ciudad en estado de sitio. Levantó su campamento extramuros, e hizo llamar a El-Muzaffar, ordenándole que abriera las puertas y autorizara de nuevo los desplazamientos, sin temor a los enemigos; luego, le preguntó por la situación, y sobre todo por el lugar en el que se hallaba el ejército de los francos.

- Siguen aún en Suwaydiyyeh, en donde han levantado su campamento –le respondió El-Muzaffar–, y si yo había puesto la ciudad en estado de sitio, era por miedo a que llegaran hasta aquí y nos atacaran.

Tras esta conversación, El-Muzaffar hizo que abrieran las puertas, mientras que el emir Baïbars, acompañado por Sharaf El-Dîn, tomaba el camino de Suwaydiyyeh. Cuando llegaron allí, montaron su campamento frente al de enemigo, izaron sus estandartes, y esperaron a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Pero, he aquí que el fraile Yauán había hecho venir precisamente a Mu'ayyaq, hijo de Yahrub, de las tierras de Yaghra<sup>1</sup>, para que le ayudara en su guerra contra los musulmanes. Este triste individuo era uno de los aventureros más audaces que haya tenido el país de los francos: más ladrón que un ratón, más destructor que el mismísimo fuego, tan hábil agujereando murallas, como escalándolas; no tenía ni estrella en el cielo, ni compañero en la tierra; este tipo era, además, el tío de Bartacûsh, el hermano de su madre. Cuando Baïbars vino a plantar sus tiendas ante la armada franca, los cuatro reyes francos perdieron de inmediato todo su coraje, y se fueron a lloriquear a las faldas del fraile Yauán:

- Ese *marfús* de Baïbars nos va a dar otra vez una paliza, y todos vamos a perecer –le dijeron–. *Abbone*, sea como sea tú tienes que encontrar un medio de secuestrarle: de ese modo, le daremos muerte y mandaremos su cabeza a las filas de sus soldados y compañeros. ¡Seguro que eso les comerá la moral, entonces nosotros les despedazamos y saqueamos su campamento!

---

<sup>1</sup> Ciudad fortificada, no lejos de Antioquía. En este relato es la patria de Yauán.

- ¡Sólo conozco a un hombre capaz de hacer algo así: mi *figlione* Mu'ayyaq! Marchará ahora mismo al campamento de los musulmanes, atraparé a Baïbars, al que dormirá en su propia tienda, y nos lo traerá aquí antes de que el enemigo se percate de nada.

- ¡No os preocupéis! –añadió Mu'ayyaq–. ¡Os juro por mi religión, que os lo traeré, así tuviera que sacarlo de entre las fauces de un león! ¿Acaso no soy yo, Mu'ayyaq, el desesperado de Yaghra?

Y de un brinco, más salvaje que un demonio, se vistió su armadura, cargó con su saco de herramientas y algunas armas, y luego, cuidadosamente disfrazado, se acercó hasta el campamento de los musulmanes en el que penetró sin ser visto. Deslizándose silenciosamente de una a otra tienda, llegó justo hasta el pabellón en el que dormía Baïbars. Se acercó por detrás, rajó la tela y penetró en su interior; allí, le drogó con el *benj*, lo envolvió en una tela de saco, se lo cargó a los hombros, y se marchó, más silencioso e invisible que el mismísimo Satanás.

Pero, apenas había caminado una milla, cuando se encontró, plantado en medio de su camino, a un hombre de aspecto y tamaño hercúleos, como una enorme columna de piedra.

- ¡Quién vive, rayos y centellas, jodido perro cornudo! –le espetó el hercúleo jinete– ¡A ver, dinos quién puñetas eres y qué narices has venido a olisquear por aquí!

- ¡Ante ti tienes nada menos que al desesperado de Yaghra, a Mu'ayyaq, hijo de Yahrub, que acaba de capturar a este marfús de Baïbars! –respondió el otro con fiereza–. Y tú ¿qué guerrero eres?

- Yo soy el Caballero sin Nombre, ¡cacho hijo de puta! ¡Y si de veras eres quién dices, a ver si puedes parar esta estocada!

Entonces, Mu'ayyaq, dejando su paquete en tierra, se arrojó sobre su enemigo a la velocidad del rayo; pero el otro, lo recibió como la tierra acoge las primicias de la lluvia. Durante una hora intercambiaron golpes terribles, parando y atacando tan rápidos que el ojo humano no habría podido seguirles. Pero pronto, la fatiga se apoderó de Mu'ayyaq que, dejando allí a su cautivo, puso pies en polvorosa y huyó en dirección al campamento de los francos. El Caballero sin Nombre se acercó entonces a Baïbars, le despertó y, dándose a conocer, le contó con exageradas baladronadas, cómo él había vencido a Mu'ayyaq.

- Vuelve a tu casa, *jawand*, porque dentro de poco te devolveré la visita, visto que todos los *fidauis* van a divertirse en el campo enemigo; ¡esto va a estar caliente en poco tiempo!

Y dichas estas palabras, desapareció en medio de la noche.

Aún extrañado de esta aventura, Baïbars regresó a su tienda; despertó a Otmân a voces y le regañó severamente por su negligencia:

- ¡Así que tú vas y te duermes tranquilamente delante de la puerta de mi tienda, mientras ese crápula viene a atacarme por detrás! ¡Y eres tú, el que se hace llamar la Flor de Truhanes de El Cairo!

- ¡Pero güeno! –remachó Otmân– ¡qué iba yo a saber qu’esa mierda e cerdo iba’entrá po detrás! ¡Si l’hubieses avisao que s’entrara po delante, t’hubieras enterao de las patás que s’habría llevao!

Todavía riéndose por esas salidas de Otmân, Baïbars mandó a buscar a los emires que estaban a sus órdenes, y les dijo que pusieran a sus tropas en estado de alerta. Estos fueron de inmediato a despertar a sus hombres y les ordenaron que se prepararan.

Y mientras andaban con estas cosas, Baïbars vio aparecer de pronto al capitán Sulaymân el Búfalo, seguido de Hasan El-Hôrâni, Dibl El-Baysâni y Fajr El-Dîn Jisr, trayendo cada uno un grueso saco a sus espaldas. Depositaron sus fardos a los pies de Baïbars, le saludaron y le dijeron:

- ¡Aquí tienes, *jawand*, ti traemos los cuatro reyís! Haci un momento que volví de donde el enemigo, por aquello de echar una mano a nuestros compadres qu’estaban allí. Ahora tú, sin chistar, vas a atacar el campamento d’esos malditos perros y los vas a pasar al filo de espada mientras siguen dormidos en sus tiendas! Hay que tirminarlo todo antes de que livante el día.

Tras decir estas palabras, los capitanes fidauis se eclipsaron y desaparecieron en la noche.

Baïbars hizo encadenas a los reyes, dejándoles bajo una buena guardia, dio la señal de ataque; todos los soldados montaron a caballo y cargaron contra el campamento enemigo, que dormía tranquilamente. Al mismo tiempo, los *fidauis*, lanzando su grito de guerra, se arrojaron sobre las tiendas.

Los sables entonan sus cantos de muerte abatiéndose sobre las nuca. Los cadáveres enemigos ruedan por el polvo, saludados por los lúgubres gritos de cuervos y lechuzas, profetas de desastres. El guerrero se enfrenta a guerrero, las claras espadas chocan con las oscuras lanzas. A derecha y a izquierda los enemigos se desploman. El Espíritu de la Guerra, corre vestido con las mangas remangadas, inmenso, sobre el campo de batalla. No se ven más que cientos de cadáveres amontonados, guerreros que matan, guerreros que mueren. La sangre que brota de las gargantas cercenadas, parece trazar en el polvo mensajes de una extraña escritura. Es la hora en la que sólo los más valientes quedan combatiendo, en donde se agarra al enemigo por el pelo o por las barbas. Y el tumulto es tan grande que uno creería oír a Azraël<sup>1</sup> tocar la trompeta y ver a los muertos salir de sus tumbas...

Las espadas no dejaron de abatirse, ni la sangre dejó de correr, ni el fuego de la guerra de arder, ni los guerreros de caer, hasta el mediodía; fue entonces cuando, los enemigos, pusieron los pies en polvorosa, buscando su salvación en la huida;

---

<sup>1</sup> En la escatología musulmana, es el ángel que tocará la trompeta de los muertos, el día de la resurrección.

abandonando el campamento, con sus armas y equipajes, se dispersaron por la estepa, e intentaron volver a sus tierras. Los musulmanes dejaron de perseguirles y volvieron a su campamento, recogiendo de paso las armas y los caballos abandonados, y reuniendo así un enorme botín. Baïbars regresó y se instaló en su pabellón para recibir el saludo de los guerreros; una vez que él les agradeció su valor, envió a buscar a los reyes cautivos, a los que sermoneó duramente, insultándoles y amenazándoles de muerte.

- De nada te servirá matarnos, emir –respondieron los reyes–. De hecho, ninguno de nosotros somos en realidad culpables: es el fraile Yauán el que nos ha arrastrado muy a pesar nuestro a esta aventura. Por esta vez, concédenos gracia de vida y déjanos en libertad, y nosotros te daremos como rescate cuatro *jaznehs* de cien mil monedas de oro.

- Y yo –añadió Francis–, te devolveré el oro que te robé en El-Omq; en efecto, yo fui el que lo cogió... ¡pero toda la culpa la tuvo el fraile Yauán! –entonces, Francis le contó todo lo que había pasado allí–. Por el honor de mi religión –concluyó–, no te lo daré si no me juras que no me harás daño alguno.

Baïbars, entonces, le dio su palabra, tras lo cual trajeron la suma convenida y, una vez contada cuidadosamente, se la entregaron a su vencedor; éste les dejó partir libremente, no sin haberlos provisto de los medios para regresar a sus tierras.

Hecho esto, hizo reunir todo el botín y lo distribuyó entre los que habían tomado parte en el combate, dando a cada cual lo que le correspondía, de suerte que todos quedaron muy satisfechos y retornaron más ricos de lo que habían llegado. Dos días después, desmontó el campamento y tomó el camino de Alepo, en donde hizo una solemne entrada, entre las aclamaciones populares; las autoridades habían hecho adornar la ciudad en su honor, y decretaron tres días de festejos públicos para celebrar la derrota del enemigo y su lastimosa retirada.

\*\*\*\* \* \* \* \* \*

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.20 - “Cosa de pingües beneficios”